

## Segunda parte: el judaísmo contemporáneo

Judaísmo como resistencia, disonancia cognitiva y culpa colectiva

Bernardo Sorj

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

SORJ, B. Judaísmo como resistencia, disonancia cognitiva y culpa colectiva. In: *Judaísmo para todos* [online]. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2011, pp. 77-80. ISBN: 978-85-7982-056-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

## JUDAÍSMO COMO RESISTENCIA, DISONANCIA COGNITIVA Y CULPA COLECTIVA

Ninguna de las características psíquicas que generalmente se atribuyen a los judíos es monopolio de éstos y menos aún se encuentran igualmente distribuidas. Es natural estar orgulloso de ser parte de un pueblo que generó Einstein o Freud, pero la sombra de grandes figuras no nos transforma en parte de ellas. En el mejor de los casos puede servir como incentivo a la superación individual, con la condición de que no transforme los hijos en víctimas de madres judías que esperan que cada uno de ellos reciba un día el premio Nobel...

Las características que son identificadas como siendo parte de una psicología o trazos de conducta “judía” están presentes en individuos de todas las culturas. Pero, sin poseer ningún monopolio sobre cualquier peculiaridad psicocultural, los judíos, nuevamente de forma no homogénea, poseen ciertos trazos psíquicos y *savoir faire*, productos de su historia, que favorecieron el éxito social que tuvieron en la modernidad. Aunque aparezcan como características individuales, inclusive en judíos que no desean asumirse como tales, ellas son producto de una experiencia colectiva.

Como mencionamos anteriormente, los judíos sobrevivieron a la Edad Media manteniendo una cultura propia y un nivel escolar mucho más alto del que predominaba en las sociedades en que se encontraban. La creencia en la futura redención mesiánica y de ser el pueblo elegido por Dios, sólidas instituciones de solidaridad y apoyo mutuo que aseguraban la cohesión y el control social y la valoración de la familia, transformaron a los judíos en un grupo e individuos con una enorme capacidad de resistencia, esto es, de soportar situaciones adversas y desarrollar estrategias creativas de sobrevivencia.

Aunque haya sido un grupo oprimido, mantuvo una autoimagen extremadamente positiva de sí mismo. Freud explica esta autoimagen como un mecanismo compensatorio por las derrotas sufridas en manos de otros pueblos, desde los tiempos bíblicos. Pero, ni todo neurótico se vuelve Leonardo da Vinci y ni todo pueblo derrotado sobrevive y mantiene una autoimagen positiva. En cuanto los grupos oprimidos normalmente

interiorizan su posición subalterna y aceptan su lugar en la jerarquía social, los judíos consiguieron mantener altos niveles de autoconfianza y se protegieron del código dominante que los humillaba. Al mismo tiempo, la lucha constante por la ascensión y por el éxito social es un síndrome de un grupo que siente profunda inseguridad sobre el futuro y su lugar en la sociedad.

Esta característica, de disposición de no aceptar las reglas de juego establecidas, de no someterse al orden social y a las jerarquías pre-establecidas, es denominada de *jutzpa* (impertinencia, insolencia, rostro de piedra). La *jutzpa* fue particularmente eficaz asociada a otro trazo, producto de las condiciones de vida en la diáspora: la capacidad de soportar la disonancia cognitiva. Sabemos que la tendencia general de las personas es alinearse con el pensamiento de la mayoría. Durante siglos, los judíos fueron entrenados para vivir en dos mundos, el de la cultura dominante y el de la cultura propia. Este entrenamiento implica aprender a vivir entre dos culturas, a comprender que hay otras formas de ser diferentes de las propias y, sobre todo, a mantener una visión del mundo alternativa a la dominante. Más aún, siendo minoritario, obliga a un esfuerzo constante de reflexión para discernir las intenciones del otro, de pensarse a sí mismo en forma diferente de la mayoría.

La capacidad de soportar la disonancia cognitiva es una de las condiciones de la creatividad. El creador es alguien que piensa diferente, que busca caminos propios, en suma, que soporta y, tanto sufre como disfruta ser un disonante cognitivo. Pensar o hacer de forma diferente, inventar salidas innovadoras, exige la disposición de seguir senderos propios, salir del sentido común – espacio en el cual el judío no podía habitar. En el contexto de la cultura talmúdica, la capacidad de soportar la disonancia cognitiva estaba fundamentalmente al servicio de la resistencia frente a la religión dominante, aunque la creatividad en relación al mundo social más amplio se haya conseguido expresar, ya al final de la Edad Media, en innovaciones en el área comercial, en la cartografía y en la navegación marítima. Ya en la modernidad, ella se expandió para todas las áreas de las ciencias, artes y sectores económicos.

El humor judaico, uno de los productos del judaísmo moderno, expresa, por el revés, la permanente necesidad de descifrar la conducta del otro para poder adecuar la propia. Es fundamentalmente una mirada crítica sobre sí mismo, focalizando sea las tragicomedias producidas por la obsesión de la

madre judía con el éxito de los hijos, las relaciones con el mundo no judío o raciocinios tortuosos para obtener un resultado deseable. El humor judaico es la disonancia cognitiva aplicada sobre sí mismo, relativizando todo lo que es tomado en serio, haciendo soportable el peso de las relaciones neuróticas con el mundo. Humor exige un sentido de ironía, de distanciamiento y relativización de nuestras propias creencias y formas de ser.

En los tiempos modernos, el capital cultural, la resistencia frente a la adversidad, la *jutzpa* y la capacidad creativa producida por el entrenamiento en disonancia cognitiva permitieron a los judíos ocupar un porcentaje relativo muy grande de posiciones de relieve en la sociedad. Las ganancias de este éxito fueron acompañadas de costos enormes. La resistencia, la *jutzpa* y el éxito son características que no dejan a las personas indiferentes. Menos aún cuando ellas están asociadas a un grupo minoritario. Toda historia de éxito, colectiva e individual, lleva a proyectar en ella un ideal positivo o negativo, sentimientos de envidia destructiva o admiración, pero difícilmente genera neutralidad.

El judío, nuevamente generalizando características que difieren de individuo a individuo, posee un fuerte sentimiento de culpa colectiva. Todo grupo oprimido se siente culpable por poseer características identificadas por la cultura dominante como negativas (el color de la piel, el género, la opción sexual). Él oprimido se resiente de su destino e interioriza en mayor o menor medida las opiniones del grupo opresor. La reacción judía a este sentimiento en la modernidad ha sido la necesidad constante de querer justificar su derecho a la existencia, apelando a la contribución que los judíos dan al mundo y a un discurso ético universal del cual los judíos se consideran portadores privilegiados por el sufrimiento pasado. Ambas tendencias son comprensibles, pero el derecho a la existencia no precisa de justificación y éticas universalistas que reprimen o esconden las tradiciones particulares de sus portadores son irresponsables.

La vivencia diaspórica, en la modernidad, creó también una disonancia socio-cultural. La ascensión social de los judíos no significó el fin del estigma y los prejuicios, los judíos que ascendían socialmente continuaban sufriendo de opresión y marginalización social. Las promesas del iluminismo no parecían concretizarse en las sociedades capitalistas liberales. Un paso más era necesario. Asociada a la disonancia cognitiva, la disonancia social llevó a un porcentaje grande de judíos a identificarse con los oprimidos y humillados

y a militar en causas políticas que reivindicaban una transformación revolucionaria. El viejo sueño mesiánico dio lugar a utopías seculares, en las cuales intelectuales judíos estuvieron desproporcionalmente representados.

A inicio del siglo XXI este escenario se modificó profundamente. Las utopías revolucionarias perdieron su impulso y las reivindicaciones de los oprimidos y humillados se fragmentaron en demandas corporativas en que cada víctima exige reconocimiento de su propio grupo. Por su vez en la mayoría de los países los judíos consolidaron sus posiciones sociales y las situaciones en que les son negadas el reconocimiento de su dignidad humana disminuyó drásticamente. El mesianismo judío, sea en su versión religiosa o secular, que expresaba la el sufrimiento de una minoría oprimida por el poder político y la cultura dominante, perdió su papel central en el imaginario de buena parte de los judíos y en muchas de las versiones institucionalizadas del judaísmo.